

«¡NUNCA HEMOS VISTO NADA IGUAL!» (Mc 2,12)**LECCIÓN - 4**

«Señor, si nos vamos, ¿a quién vamos a acudir?» (cf. Jn 6,68)

por Pierluigi Banna*

Como conclusión de esta mañana vuelvo a lo que, a mí y a los demás adultos, nos apremiaba más deciros. Podemos no haber entendido nada, pero nos demos cuenta de que incluso nuestra incomprensión, como hemos mostrado esta mañana, puede ser útil. Podemos olvidarnos de todo lo que nos decimos y equivocarnos de nuevo mil veces, pero incluso el error puede ser útil porque se aprende más equivocándose que haciendo pasar como justo algo equivocado. Podemos olvidarnos, distraernos, estar aburridos, ser presa de distintas emociones opuestas, echar a perder todo en cuanto volvamos al hotel, pero todo esto puede ser de nuevo la ocasión para retomar y redescubrir qué es lo que más nos importa en la vida: descubrir la única Presencia que está a la altura de nuestra humanidad, tan única en el mundo.

Para poder comprender esto, don Carrón nos puso un ejemplo formidable cuando fuimos a verle hace dos días: «Si vas por la calle y de repente alguien te mira a la cara y te da una bofetada, ¿qué haces tú? ¡Por lo menos le devuelves otra! Pero sí, al llegar a tu casa, abres la puerta, y tu madre, nada más verte, te da una torta, ¿qué haces tú? Le preguntas: «¿Por qué?». ¿Lo veis? Cuando uno encuentra una presencia de la que se fía no reacciona dejándose llevar por sus emociones, sino que todas sus emociones, todo su asombro, toda su rabia, su dolor, se convierten en ocasión de diálogo, le empujan a preguntar: «¿Por qué?». «¿Por qué estoy distraído ahora?». «¿Por qué me haces esto ahora?». «¿Por qué este dolor?». Puedes dirigirte a alguien: la vida es este diálogo estupendo. Como el diálogo de Cristo con el Padre, aquella tarde: «¿Por qué, Padre?». Esta pregunta le hace apegarse radicalmente a Él, hasta la muerte: «No se haga como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26,39). De este modo, todos nuestros sentimientos, nuestras incomprensiones, nuestras distracciones, no son un obstáculo, sino que puede servir para apegarnos más a Cristo; no para huir de Él, sino para volver a descubrir que Él no nos abandona nunca, está con nosotros como el primer día. Y la vida llega a ser este diálogo.

«El espíritu está pronto, pero la carne es débil» (Mt 26,41). Y así —os lo aseguro— con el tiempo quizá uno no se vuelve más capaz, pero está cada vez más apegado, más conquis-»

* Lección en el Triduo Pascual de Gioventù Studentesca, Rimini, 14 abril 2017.

» tado por esta Presencia que sucede en nuestra vida; crece el afecto y el deseo de seguir fielmente, no dejándonos llevar por las oleadas del sentimiento efímero, sino como fruto de enfocar, de juzgar cada sentimiento, como fruto del reconocimiento lleno de afecto, de emoción verdadera, de aquello que nos ha sucedido. Como dice Giussani en la página 34^{**}: «El afecto no es una oleada», como los sentimientos, sino que es «ceder continuamente a la atracción de la verdad, es quedar cautivos de lo verdadero, lo bello y lo justo. ¿Cautivos?!». No. «¡Seguidores» (*Afecto y morada*).

El testimonio de un amigo nuestro, que describe una situación en la que creo que muchos de nosotros nos hemos encontrado, nos permite comprender bien qué quiere decir seguir, comparar todo con una presencia. «Una noche, mientras toda la clase estaba en el autobús [durante una excursión], algunos amigos de GS junto a algún que otro compañero mío empezaron a cantar juntos, de forma un poco caótica, pero apasionada. Yo estaba junto al grupo de mis amigos los “guays”, que empezaron inmediatamente a insultar a los chicos que cantaban, sin que esto hiciera desistir a mis compañeros de cantar juntos. En medio todo aquello, surgió de forma inmediata y casi violenta esta pregunta: ¿soy más feliz yo, obligado a permanecer callado para no sentirme juzgado de forma negativa por mis amigos guays, o ellos, que están juntos de una forma tan libre de prejuicios que, si tienen el deseo de cantar por la noche en el autobús delante de todos, no dudan un segundo en hacerlo?». ¿Lo veis? Todo se puede mirar. Al principio se avergüenza y los desprecia, pero el corazón es infalible, y entonces, enfocando aquella vergüenza y aquel desprecio, frente a esa presencia tan irreductible, se pregunta: «Pero, ¿quién es más libre? ¿Quién es más feliz?». Gracias a su vergüenza, gracias a su no sentirse “guay”, ha podido descubrir, ha podido volver a apegarse a las personas que le quieren más. Continúa así: «La respuesta era evidente, entre esas posibilidades, era yo el que estaba triste, el que no era libre para ser el mismo. Me ha resultado enseguida evidente esa gran amistad que me acepta tal como yo soy, nunca había visto antes una amistad así». Enfocar el sentimiento no es el fruto de un autoanálisis, sino es rendirse a esta evidencia, poner en primer plano esta evidencia con respecto a nuestros prejuicios, trasladar nuestro centro afectivo de lo que nos domina (pensamientos, prejuicios nuestros y de los demás) a una presencia que sucede de forma testaruda y nos retoma para que podamos ser fieles a ella.

El camino que haremos esta tarde en el *Vía Crucis*, como todo el camino de la vida, es hacer esta comparación, como ha hecho nuestro amigo: ¿qué me hace más libre? ¿Qué me hace más feliz? ¿Qué me hace ser más yo mismo? Aunque partamos de nuestros prejuicios o de los de los demás, al final tenemos que movernos nuestro corazón desde lo que pensábamos, desde lo que los otros piensan de nosotros, a lo que verdaderamente se mantiene en pie, aunque esto cueste un sacrificio, aunque esto signifique dar la cara. En la vida, así como cada tarde durante el *Vía Crucis*, habrá momentos en los que no todo estará claro, momentos en los que nuestro límite, nuestras imágenes, parecerán imponerse (el aburrimiento, la distracción, el entusiasmo, etc.), como la lente desenfocada del telescopio. Y entonces podremos decir, llenos de este afecto, como hizo un día san Pedro: «Tampoco nosotros entendemos, pero si nos marchamos, ¿a quién iremos?» (cf. Jn 6,68). Toda esta confusión me resulta útil para comprender que solo Tú me haces ser verdaderamente humano. Por eso yo Te sigo, no ciegamente, sino fielmente, razonablemente, con todo mi afecto, con todo mi corazón. Como dice una preciosa novela de De Wohl —que os recomiendo—, *La lanza de Longinos*, que cuenta la vida de Jesús desde el punto de vista de un centurión romano. En un momento dado, se describe la figura de la pecadora que se siente al final perdonada y liberada por Jesús; su familia la rechaza y ella va a buscar a Sus amigos, porque no encuentra a Jesús; »

^{**} El cuadernillo «*¡Nunca hemos visto nada igual!*» contiene los pasajes citados a lo largo del Triduo Pascual y se puede [descargar en formato PDF](#).

» y María Magdalena le pregunta: «¿Qué quieres de él?», y ella responde: «No sé a qué otro sitio ir». Yo os digo lo mismo: yo no sé muy bien que quiero de mi vida; nuestra amiga ayer por la noche quería un tatuaje, un piercing; esas cosas yo no las quiero, pero tampoco sé muy bien qué quiero de mi vida, qué vida espero para mí, pero solo me importa una cosa: quiero ir donde esté Él, porque no sé a qué otro sitio ir. También yo quiero ser “seguidor” de este Hombre que me ha hecho ser yo mismo como nunca lo había sido, aunque esto cueste trabajo, aunque me equivoque muchas veces. Aunque alguna vez me pueda ir, sé que quiero ir donde esté Él, no sé a qué otro sitio ir.

Tenemos un lugar al que volver, tenemos una presencia a la que seguir, no porque ya no nos equivoquemos más, no porque ya no nos olvidemos de ella, sino porque, ¿dónde, sino frente a Él, mi humanidad es abrazada por fin por lo que es, sin vergüenza alguna? Como cuenta la última contribución de uno de vosotros que, en su último año de escuela, escribe: «Todavía percibo muchas veces que me cuesta [¡sí supieses, amigo, lo que me cuesta a mí todavía!], me encuentro herido o escéptico, pero cada vez que me pasa esto, en un momento dado, no puedo dejar de volver a lo que he visto en el encuentro con muchas personas y pensar con sencillez: “Puedo huir lo que quiera, pero nunca he visto nada igual”».

Amigos, cada uno de nosotros está llamado a este juicio del corazón, a buscar un lugar el que pueda decir, no ya sobre la oleada de la emoción, sino con una verdadera conmoción que dura en el tiempo: «No tengo otro lugar al que ir, porque nunca he visto nada igual». Y así, llenos de afecto, seamos seguidores de este Hombre que se ha conmovido incluso por nuestro odio. Cristo no se detiene frente al miedo y a la distracción, no tiene miedo de mirar a la cara la tristeza y a tomar sobre sí la cruz por nosotros. Él sigue muriendo como el grano de trigo, porque estamos bloqueados por la esclavitud de nuestros sentimientos y de nuestras emociones, que solo dejan en nuestras manos tierra quemada.

Llenos de afecto, vayamos tras los pasos de Dios, que no deja de pasar por nuestra vida, llenándonos de asombro. Este es el sentido del *Via Crucis* de cada tarde.